

NOTAS SOBRE LO HISPÁNICO Y LO EXTRAHISPÁNICO EN EL JUDEOESPAÑOL. FORMACIÓN DE LAS PALABRAS SEFARDÍES.

Ana RIAÑO

Universidad de Granada

No cabe duda de que hablar de los elementos hispánicos y extrahispánicos que se dan cita en el judeoespañol es tanto como definirlo, porque dichos componentes confluyen en los tres pilares sobre los que se asienta esta lengua: 1) sus rasgos arcaicos, que hay que relacionar con el castellano preclásico y con componentes medievales de otras lenguas peninsulares, y que, evidentemente, constituyen la parte básica de lo que hay de hispánico en el judeoespañol; 2) sus peculiaridades innovadoras, en las que se integran desarrollos fonéticos y morfosintácticos avanzados y creaciones léxicas nacidas de lo hispánico, en comunión o no con elementos de otras lenguas, como veremos más adelante; y 3) su carácter de lengua de fusión, que es todo aquello que hay de *no* hispánico en el español sefardí, y, por tanto, proveniente de otras lenguas y culturas con las que los sefardíes convivieron durante los cinco siglos de diáspora¹.

¹ No es el objetivo de este artículo ofrecer un listado de datos sobre los elementos lingüísticos del judeoespañol, más o menos conocidos en el ámbito académico. Sí me parece oportuno, sin embargo, hacer referencia a los principales investigadores que abrieron camino a estos estudios, como M. L. WAGNER en *Caracteres generales del judeo-español de Oriente*, Madrid, RFE, anejo XII, 1930. Esta obra de Wagner sigue siendo aún hoy, en los albores del siglo XXI, una de las más recomendadas por los especialistas en este campo como libro introductorio sobre la lengua. El excepcional valor de la obra de Wagner estriba en que prácticamente toca todas las excepciones fundamentales del judeoespañol. Fue reseñada por D. S. BLONDHEIM [*Archiv für das Studium der Neueren Sprachen und Literaturen* 160 (1931), págs. 149-151] y por K. LEVY [*Volkstum und Kultur der Romanen* 2 (1931), págs. 316-320] un año después de su publicación, por G. CIROT en 1933 [*Bulletin Hispanique* 35 (1933), págs. 319-322] y por I. IORDAN al año siguiente [*Buletinul Institutului de Filologie Romana «Alexandru Philippide»* 1 (1934), págs. 211-214], dando lugar a útiles complementaciones. De la misma década es la obra de C. CREWS, *Recherches sur le judéo-espagnol dans les pays balkaniques*, Paris, Droz, 1935, considerada como el primer estudio que contiene notas de orden fonológico; pero especialmente valiosos son sus trabajos de los años 50 y 60 (cfr. L. CARRACEDO y I. M. HASSÁN, «Bibliografía de Cynthia Crews», *Estudios Sefardíes* 2 (1979), págs. 277-287). De Marius SALA conviene recordar «La organización de una norma española en el judeo-español», *Anuario de Letras* 5 (1965), págs. 175-182, reimpr. en *Estudios sobre el judeoespañol de Bucarest*, México, UNAM, 1970, págs. 131-142. Estudios generales que incluyen capítulos dedicados a la lengua son: *Sepharad: Le monde et la langue judéo-espagnole des Séphardim*, Mons, 1966, en donde el autor, R. RENARD, sigue muy de cerca el citado trabajo de Wagner, y el de H. V. SEPHIHA, *Le*

Yendo un poco más allá, en relación con la distribución de estos pilares, podría observarse una especie de gradación que ha conducido a la lengua sefardí desde la preponderancia inicial en ella de nuestro romance arcaico (1º peldaño, 1º pilar), al nacer el judeoespañol como un dialecto del castellano -recuérdense los testimonios de Gonzalo de Illescas, en el s. XVI, y de Bernardo de Aldrete, de comienzos del XVII, sobre la pureza del habla castellana de los judíos en aquella época-, hasta lograr liberarse de las ataduras de lo hispánico, allá en el siglo XVIII, producto de su evolución al margen de la norma castellana (2º peldaño, 2º pilar), y desbordarse por la llegada y aceptación masiva de extranjerismos, de elementos extrahispánicos, en el XIX, (3º peldaño, 3º pilar), que fue atenuando poco a poco los destellos del romance, aunque sin conseguir jamás apagarlo. Un peldaño más (¿decendente o ascendente?) sería la rehispanización que se observa hoy, por un lado, en los sefardífonos viejos de Marruecos y de América, estimulada por la proximidad geográfica, en el primer caso, y por la proximidad lingüística del español de América, en el segundo -rehispanización a la que contribuyen factores como la globalización de las comunicaciones y la universalización de los viajes turísticos-, y, por otro, en los jóvenes sefardíes de nuestro entorno, que adoptan de forma natural y espontánea el español normativo actual. No me parece, pues, exagerado dar a este último peldaño el carácter de cuarto pilar de la lengua sefardí (que, de paso, nos evitaría sentir el vértigo que produce mirar lo que se sostiene sobre tres y no cuatro patas), pues es posible que la evolución a la inversa que plantea (primero fue dialecto del castellano, luego lengua independiente y ahora otra vez dialecto) esté siendo utilizada para mantener ellos latente la conciencia de sefardí en el mundo de hoy, ante la España de hoy².

LO HISPÁNICO

a) Arcaísmos.

Partiendo de la acertada tesis que sostienen Alberto Várvaro³ y Laura Minervini⁴ en cuanto a que la lengua de los judíos en la España medieval, aun con algunos rasgos específicos, era en cada región esencialmente la misma que la de sus convecinos cristianos, no es de extrañar que los sefardíes adoptaran como lengua común ya en el exilio el romance de mayor

judeo-español, Paris, 1986. Muy útil es el manualito de Paloma DÍAZ-MAS *Los sefardíes: historia, lengua y cultura*, 2ª ed., Barcelona, 1993, que dedica un capítulo a la lengua y contiene bibliografía actualizada, y de I. M. HASSÁN «El español sefardí (judeoespañol, ladino)», *La lengua española, hoy*, eds. M. Seco y G. Salvador, Madrid, 1995, págs. 117-140.

² Cfr. Ana RIAÑO, «La lengua sefardí y su evolución», *Actes del Simposi Internacional sobre Cultura Sefardita*, ed. J. Ribera, Barcelona, 1993, pág. 101.

³ En «Il giudeo-spagnuolo prima dell'espulsione del 1492», *Medioevo Romano* 12 (1987), págs. 155-172.

⁴ Véase *Testi giudeospagnoli medievali (Castiglia e Aragona)*, 2 tomos, Napoli, Ligouri, 1992.

aceptación entre todos los dialectos que se hablaban por entonces en la península, que no podía ser otro que el castellano medieval popular o, más exactamente, el habla castellano-andaluza de los siglos XV y XVI (no olvidemos la preponderancia que Castilla mostró por entonces sobre los demás reinos en lo político y en lo cultural).

De modo que es inevitable insistir en que en el judeoespañol se da la pervivencia de una serie de fonemas del habla castellana medieval, de rasgos morfosintácticos y de un léxico que no existen en el español de hoy, y en que se introdujeron en él, además, elementos dialectales o de otras lenguas de la península, puesto que entre los judíos expulsos no sólo había castellanos y andaluces, sino también otros que procedían de Cataluña, Valencia, Aragón, el antiguo reino de León, Asturias, Galicia y Portugal, aunque cierto es que en el exilio todos ellos adoptaron la norma castellano-andaluza.

b) *Sustrato coincidente con el español de hoy.*

Aunque parezca obvio, hay que señalar que, además de los rasgos que convencionalmente solemos llamar arcaicos, existe en el judeoespañol un sustrato lingüístico en el que se enmarca todo lo hispánico que podría no ser arcaico por su coincidencia con el español evolucionado, es decir, con el español de hoy. Me refiero a nombres, adjetivos, adverbios, pronombres, formas verbales, etc., que no sufrieron evolución alguna y que se conservan tal cual en el español moderno.

Para hacernos una idea aproximada de la abundancia de hispanismos -aquí me refiero sólo al léxico- existente en el ladino bastará recordar que incluso en la literatura religiosa, fundamentalmente compuesta por traducciones bíblicas y obras de *musar vedinim* ('moral y leyes'), aun siendo en ellas mayor el predominio del hebreo que en el resto de la literatura sefardí⁵, jamás ha quedado anulado el castellano.

No pretendo decir con esto que el judeoespañol es más español que judío, ni mucho menos, pues bien que los sefardíes supieron «judaizar» o «hebraizar» los hispanismos de su lengua -mezclándolos o no con lo extrahispánico- hasta lograr un cierto equilibrio entre sus componentes y alcanzar la madurez lingüística⁶ y el máximo esplendor literario en el siglo XVIII, llamado Siglo de Oro de la literatura sefardí, que perduró hasta los comienzos del XIX⁷.

⁵ Cfr. Ana RIAÑO, *Isaac Mikael Badhab. Un tratado sefardí de moral. Transcripción, estudio, notas e índices por...*, Barcelona, 1979, págs. 18-19.

⁶ David M. BUNIS, ofrece un buen estudio diacrónico de la lengua en «El idioma de los sefardíes: un panorama histórico», *Moreset Sefarad: El legado de Sefarad*, ed. Haim Beinart, Jerusalem, 1993, págs. 414-437; en relación con lo dicho arriba, cfr. las págs. 423-424. También puede verse Ana RIAÑO «La lengua sefardí...» cit., págs. 98-99.

⁷ Para la literatura es imprescindible consultar el manual de Elena ROMERO *La creación literaria en lengua sefardí*, Madrid, 1992, sin olvidar el clásico de Michael MOLHO, *Literatura sefardita de Oriente*, Madrid-Barcelona, CSIC, 1960, que es, además, antología.

c) *Innovaciones y creaciones.*

Es lamentable que el viejo tópico de que el judeoespañol es la lengua de tiempos de los Reyes Católicos conservada intacta por los sefardíes siga aún sonando a través de los medios de comunicación, que, se supone, han de llevarnos la verdad y no el disparate a casa. Lo cierto es que el judeoespañol, como lengua viva que fue hasta mediados del siglo XX, contiene peculiaridades innovadoras, o sea, rasgos propios de la evolución interna fonética y morfológica que, a veces, han ido más allá de las realizaciones a las que ha llegado el español moderno y que son propias -las más significativas- de las hablas meridionales (andaluz, canario o el español de América).

Se pueden establecer, por tanto, una serie de fenómenos fonológicos judeoespañoles, distinto de los fenómenos toledanos correspondientes, que se deben, con toda probabilidad, a la simplificación y/o a la nivelación. Es el caso del *seseo*, generalizado en la lengua sefardí y no en el español, puesto que esta simplificación se produjo solamente en las zonas periféricas del dominio español, donde la norma literaria era débil, y el caso del *yeísmo*, que también se generalizó en el sefardí al menos un siglo antes que en el español. Pero no sólo en la fonética el judeoespañol presenta rasgos innovadores⁸. También en la morfosintaxis hallamos peculiares desarrollos derivados de la vieja norma castellana, que han sido expuestos repetidas veces y que podemos encontrar en la mayoría de los estudios citados.

Pero no me resisto a plantear aquí un par de ejemplos que podrían llevarnos a reflexionar sobre la lengua de los sefardíes. Uno arranca del apartado de *arcaísmos* y se refiere al uso del *voseo* por los sefardíes. Rafael Lapesa, en su *Historia de la lengua española*⁹ dice que *vuestra merced* se desconoce en judeoespañol. En efecto, en ninguno de los textos que he tratado hasta ahora ni recentísimamente, en la primera versión sefardí de la obra hebrea *Séfer Menorat hamaor*, realizada en 1762 por Abraham Asá, he podido comprobar el uso de *vuestra merced*, sino reiteradamente el de *su merced*¹⁰. Sin duda, el paso de los años y los avances en la investigación sobre la lengua española y sus dialectos, como es el judeoespañol, no han empañado la lucidez ni los hallazgos de D. Rafael. Pero numerosas son las obras de la literatura sefardí¹¹ que aún permanecen en aljamía sin haber

⁸ Además de los trabajos ya citados, resulta muy esclarecedor el artículo de Ralph PENNY, «La innovación fonológica del judeoespañol», *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, eds. M. Ariza et al., Madrid, 1992, vol. II, págs. 251-257.

⁹ Madrid, 1988, 9ª ed., 6ª reimpr., cap. XVI. «El judeo-español», pág. 529.

¹⁰ Se trata de la tesis doctoral de Purificación ALBARRAL, que he dirigido, titulada *Las versiones en judeoespañol de Menorat hamaor. Estudio comparativo y edición parcial de la de Constantinopla 1762*. Universidad de Granada, 1997.

¹¹ Es difícil calcular el número de obras que contiene la literatura sefardí, porque algunas de ellas formaron parte, sin catalogar, de bibliotecas particulares que, poco a poco, han ido a menos; otras fueron pasto de incendios y terremotos, tan abundantes como intensos en la zona balcánica, y muchas perecieron a manos de los

recibido lectura ni estudio alguno, de modo que la simple puesta «en cristiano», o sea, la transcripción a caracteres latinos de una sola de estas obras -en tiempos de D. Rafael serían más las que andaban en la oscuridad- siempre arrojará nuevos datos lingüísticos capaces de modificar planteamientos y teorías anteriores¹². Por tanto, la dependencia entre el número de obras, aljamiadas y no aljamiadas, estudiadas y la posibilidad de tener algún día entre las manos un manual lo más completo posible de lengua y un diccionario de autoridades sobre el español sefardí es muy estrecha. En este sentido, los estudios sobre el judeoespañol hoy se debaten entre la inevitable reutilización de datos antiguos -¿quién duda a estas alturas de la importancia de las aportaciones, por ejemplo, de un M. L. Wagner?¹³-, y los hallazgos de datos nuevos a través de una escasa y esporádica actividad investigadora envuelta en lentos procesos en los que, desgraciadamente, no suelen implicarse tantos hispanistas y romanistas como sería deseable. En

nazis. Ejemplo de esto es último es lo ocurrido en la ciudad griega de Salónica, que en el siglo XVI llegó a ser la metrópoli del sefardismo. En ella se dieron cita una pléyade de sabios y estudiantes judíos distinguidos, academias y cátedras ilustres, modernas imprentas y lujosas bibliotecas cuajadas de obras maestras de la literatura sefardí, que fueron exterminadas por la invasión nazi. Pero, milagrosamente, aún podemos hablar de unas tres o cuatro mil obras (quizá cinco mil) guardadas en unas pocas bibliotecas de universidades e instituciones como la de la Universidad Hebrea de Jerusalem y el Instituto ben Zvi de la misma ciudad, la de Estudios Sefardíes del Instituto de Filología («Arias Montano») del CSIC de Madrid, la Biblioteca Pública y la del Seminario Teológico de Nueva York, la Biblioteca del Congreso de Washington, la del Seminario Judío Ets Hayim de Amsterdam, la del Museo Sefardí de Toledo y la de Estudios Sefardíes del Dpto. de Estudios Semíticos de la Universidad de Granada.

¹² Un claro ejemplo de esto es lo ocurrido con la denominación *ladino*. Todos sabemos que los sefardíes fueron muy adictos a un tipo de traducción servil de los textos sagrados hebreos, consistente en traducir palabras, pero manteniendo todos los formantes lingüísticos posibles, especialmente los sintácticos, de la lengua original hebrea. A este tipo de traducción es a lo que el prof. Sefiha restringe la denominación de *ladino*, sosteniendo que el resultado de ese sistema servil de traducción que él llama «lengua calco» es una lengua, el *ladino*, diferente de la lengua sefardí normal, que llama «judésmo» [cfr. «Problématique du judéo-espagnol», *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris* LXIX (1974), págs. 159-189, y «El ladino verdadero o judeoespañol calco, lengua litúrgica», *Actas de las Jornadas de Estudios Sefardíes*, Universidad de Extremadura, Cáceres, 1981, págs. 15-29]. Durante años ha imperado entre los estudiosos la dicotomía «judeoespañol calco» o *ladino* y «judeoespañol vernáculo» o *judésmo*. Pero hoy en día la investigación ha ido más allá y, gracias a los últimos trabajos de los profesores I. M. Hassán en España, Moshe Lazar en Los Ángeles (California) e Isaac Jerusalmi en Cincinnati (Ohio), se ha comprobado que palabras y expresiones que parecían ser formas específicas de las traducciones calco se hallan extendidas a todos los niveles de la lengua. De este modo ha quedado demostrado que lo que la escuela de Sefiha llama *ladino*, o sea, los textos sefardíes «calco» del hebreo, no es una lengua diferente, como se creía hasta ahora, sino un nivel de lengua.

¹³ Cfr. *Caracteres* cit.

definitiva, hay que concienciarse ya de que para progresar en el estudio científico de esta lengua es imprescindible que los hebraístas contemos con la estrecha colaboración de los especialistas de la lengua española y de otras lenguas románicas, a pesar de que la aljamía hebraica parezca, en principio, una barrera -que no lo es- y de que existan, ciertamente, obras de carácter religioso en las que la intervención de dichos especialistas sería menor.¹⁴

El otro ejemplo para la reflexión entra en el apartado de las *innovaciones*, y se refiere a algo tan característico del judeoespañol como es que, siguiendo la norma castellana de la formación del femenino (morfema *-a*), los sefardíes usen palabras cuyo componente femenino no existe en español como, por ejemplo, *fiela, clasa, capitata, mercadera*. Y esto me trae a la memoria ese decir tan de moda hoy en nuestro país: *ciudadanos y ciudadanas*, cuando alguien se está dirigiendo al público, olvidándose de que el plural *ciudadanos* engloba al plural femenino *ciudadanas*. Así, por contagio de modas similares, se escucha decir *jueza*, por ejemplo. Y me pregunto: ¿Y si un día alguien del género masculino, con todo derecho, se niega a que le llamen *persona, víctima, psiquiatra, especialista o ciclista*, y exige que le digan *persono, víctima, psiquiatro, especialista, ciclisto*? Pues podríamos decirles entonces a quienes se preocupan por hacer tales distinciones lingüísticas de sexo que a esta fórmula llegaron los sefardíes hace siglos -desde luego, con otro trasfondo-, en palabras como *hipócrita, idealista, ateísta y patriota*, creando sus respectivos masculinos: *hipócrito, idealista, ateísto y patrioto*. E incluso fueron más allá, tan atrevidos en sus innovaciones lingüísticas como los más avanzados de hoy en día, al crear el femenino de plurales en *-es* de palabras como *jóvenes*, de donde derivaron el vocablo *jóvenas*. No me extrañaría que este término -que ya ha sido utilizado en un acto público-, junto con otros que fueron fruto, entre los sefardíes de la diáspora, de procesos más avanzados, no frenados por una norma gráfica -sobre todo cuando la lengua sefardí se consolidó como sistema independiente del de la española, hacia el siglo XVIII¹⁵- llegara a formar parte del español de hoy y de nuestro *Diccionario*.

¹⁴ En efecto, existen en la literatura sefardí determinadas obras cuyo estudio requiere mayores conocimientos no sólo de la lengua hebrea, sino también de su literatura, de su religión y de su cultura específica (véase E. ROMERO, *La creación* cit., págs. 31-140 más las coplas paralitúrgicas). Pero no menos cierto es que hay otras muchas que podrían ser trabajadas (algunas ya lo han sido y otras lo están siendo) sólo por hispanistas. Me refiero a determinadas coplas y a las obras pertenecientes a los géneros modernos -los llamados «géneros adoptados»- como el periodismo, la novela, el teatro, el ensayo, la poesía de autor (véase E. ROMERO, *La creación* cit., págs. 177-312).

¹⁵ Fue en el siglo XVIII cuando se cortó el contacto material y afectivo con el país de origen. Sefarad. Los sefardíes de la amplia zona turco-balcánica constituyeron entonces una de las naciones (o *milet*), como la búlgara, la griega o la armenia, pero dispersa por todo el territorio. La colectividad de los sefardíes, articulada en comunidades urbanas y cerradas en sí mismas, con plena autonomía en cuanto a

d) *Sin paralelo exacto en castellano.*

Por último, según D. M. Bunis¹⁶, existen en el léxico judeoespañol algunas palabras que, aunque carecen de paralelo exacto en castellano o en las demás lenguas peninsulares, como es el caso de *riflo* 'respiración', podrían ser de origen hispánico.

LO HISPÁNICO y LO EXTRAHISPÁNICO EN LA FORMACIÓN DE LAS PALABRAS SEFARDÍES.

Resulta enriquecedor asomarse por unos breves minutos al sistema (o los sistemas) de formación de palabras sefardíes y, a la vez, comprobar el elevado grado de creatividad que alcanzaron estos judíos, a la hora de dar vida a un vocabulario propio -que no hallamos en ningún otro sistema lingüístico-, frecuentemente vinculado a la lengua que ellos mejor conocían: el romance. Así encontramos:

-a) Palabras cuyo núcleo fundamental es de procedencia hispánica completa, y que se consideran creaciones lingüísticas, como por ejemplo: *aboniguar* 'hacer bueno'; *almear* 'descansar'¹⁷; *pecho* + *-adura* = *pechadura* 'seno'. Obsérvese, en este mismo grupo, el verbo sefardí *alcuñar* 'nombrar por el apellido', formado a partir del vocablo castellano antiguo *alcuña* 'apellido'. Y así otras creaciones como: *dešíertar* 'dejar desierto un lugar', *caballar* 'montar a caballo', o *pedriscar* 'caer el pedrisco'.

-b) En menor proporción, pero interesantísimo como reflejo de un proceso de contagio, se puede señalar la presencia de vocablos mixtos, logrados con lexemas castellanos, a los que se aplicaron sufijos turcos o hebreos, principalmente, con los que matizar un nombre de oficio, la cualidad de un individuo o un accidente del sustantivo al que van trabados. Ejemplos: *ladrón* + *-im* (suf. masc. pl. heb.) = *ladronim* 'ladrones'.

-c) Con cierta frecuencia, de acuerdo con el contenido o destino de

dirigentes, jueces, administradores y, lo que es más importante, sistema de enseñanza, recibía directrices e influencia de la capital, no situada ya en la lejana España, sino en Constantinopla y su más importante centro comercial en el puerto del Salónica. El judeoespañol ejerció entonces un verdadero imperialismo lingüístico sobre la comunidad judía de habla griega bizantina, sobre asquenazíes de habla yidica y sobre no judíos (griegos, turcos y eslavos) que trabajaban en el puerto de Salónica. Pero, además, la lengua alcanzó un nivel de dignidad literaria equiparable al de la lengua literaria tradicional judía. Cfr. Iacob M. HASSÁN, «Los sefardíes: concepto y esbozo histórico», *Los sefardíes. Cultura y literatura*, VI Cursos de Verano en San Sebastián, dirigido por Paloma DÍAZ-MAS, San Sebastián, 1987, págs. 16-18.

¹⁶ Cfr. «El idioma de los sefardíes» cit., pág. 431.

¹⁷ La expresión *y almeó* traduce literalmente la hebrea *vayinafás* (forma verbal del sustantivo *nefeš* 'alma'), que en hebreo bíblico expresa el descanso sabático de Dios (*Ex* 31, 17). Esta creación léxica de corte hispánico aparece también en la copla *Las hazañas de Moisés* (cfr. E. ROMERO, *Coplas sefardíes. Primera edición*, Córdoba, 1991, pág. 57), y es uno de los muchos ejemplos que corroboran lo apuntado en la nota 12.

determinadas obras, se da la situación inversa, es decir, la aplicación a una raíz o lexema extraño (no hispánico), especialmente hebreo, turco-árabe, griego, italiano o francés, de prefijos y sufijos netamente castellanos, originando auténticos neologismos o llamando la atención sobre los semejantes que pudieran existir o perdurar en español. Así hallamos:

- Hebraísmos hispanizados, es decir, palabras formadas a partir de una raíz hebrea + morfema español: *drš* 'predicar' + morf. esp. -ar = *darsar* 'predicar públicamente en la sinagoga'; *mažal* 'suerte' + -oso = *mažalošo* 'afortunado'; o ésta más curiosa aún creada a partir del hb. *šedacá* 'limosna' + morf. esp. -ero = *sedaquero* 'pordiosero, mendigo'. También hallamos expresiones mixtas esp. + hb.: *hačer kabod* ('honra') = 'honrar'; *tomar šá àr* ('aflicción') 'entristecerse'. Y otras creaciones léxicas como: *atacanar* 'acicalar, arreglar', del hb. *Pi'el taquén*; *enheremar* 'excomulgar', del hb. *hérem* y *malsinar* 'calumniar', del hb. *mašín* (participio *Hif'il*). Obsérvese esta otra: *balhabaya* 'señora, ama de casa', fem. de *balhabay* 'dueño de casa', del hb. *bá' al ha báyit*.

- Turquismos hispanizados como, por ejemplo, *bakal* 'tienda de comestibles', que hace el plural con sufijo español: *bakales*; o *bíbil* 'ruiseñor', del que encontramos el diminutivo afectivo, siguiendo la norma española, *bíbilico*. También expresiones mixtas como *hačer dikat* 'prestar atención', del tc. *dikkat* 'atención'; *hačerse režil* 'hacer el ridículo', del tc. *rezil et-* 'deshonrar, avergonzarse' y, por supuesto, otras creaciones léxicas como; *dayanear* 'soportar', del tc. *dayanmak*; *deskušakarse* 'desabrocharse el *kušak* (cinturón)'; *embatakar* 'embarrar, ensuciar', del tc. *batak* 'lodo'; *englenearse* 'divertirse, entretenerse', del tc. *eglen*; *kulanear* 'usar, emplear', del tc. *kullanmak*.

- Curioso es el vocablo *purimlikes* 'regalos de *Purim*'¹⁸, construido por elementos de tres lenguas: el término hebreo *purim*, el sufijo turco -*lik* y la terminación masc. pl. española -*es*.

- Y también hallamos en el español sefardí arabismos hispanizados como *añamare* 'tigre', del ár. *namir* (y del hb. *namer*); *añažme* 'sartal de plata', del ár. *an-nazm*; *aristar* 'refutar, replicar', del ár. *araf*, aunque hay que considerar que éstos no fueron tomados del árabe, como muchos de la *jaquetía*¹⁹, sino que pertenecen al léxico tradicional hispánico (de origen árabe).

¹⁸ *Purim* ('suertes') es una de las fiestas más alegres (comparable al carnaval cristiano) del ciclo litúrgico anual judío. Se celebra el día 14 (ó 15) del mes de *adar* (febrero-marzo) y conmemora la historia narrada en el libro bíblico de *Ester*. Es preceptivo durante la fiesta comer (sobre todo dulces), beber, alegrarse e intercambiar platos de golosinas, a los que los sefardíes de Oriente llamaban *platicos*, hacer regalos y dar una especie de aguinaldo en metálico llamado *purimlik* o *purim*.

¹⁹ Así se denomina al judeoespañol de Marruecos, en el que la influencia del árabe es, evidentemente, mayor que en el judeoespañol de Oriente. Véase como introducción general a este dialecto P. DÍAZ-MAS, *Los sefardíes* cit., págs. 112-118 y la bibliografía de la pág. 129.

- Aunque en menor proporción, no faltan en el judeoespañol palabras griegas hispanizadas como *pišmear* 'obstaculizar', del ngr. *pisma*.

- Encontramos, además, abundantes italianismos y galicismos hispanizados, que son verdaderas creaciones lingüísticas. De los primeros he seleccionado *dober*, 'deber', del it. *dovere*; *soiguar* 'someter', del it. *soggiogare*; *valutošo* 'valioso', del it. *valuta*. De los segundos encontramos: *afroša* 'horrible, horrorosa', del fr. *affreuse*; *amušarse* 'divertirse', del fr. *s'amuser*; *atantivo* 'atento', del fr. *attentif*; *blesar* 'herir', del fr. *blesser*; *developamiento* 'desarrollo', del fr. *développement*; *elevar* 'criar, educar', del fr. *élever*; *resurza* 'recurso', del fr. *ressource*. Y el término *parolisto* con el significado de 'bienhablado, pico de oro, que puede provenir del fr. *parole* o del it. *parola* 'palabra', además de algunas expresiones mixtas, como, por ejemplo: *hačer una promenade* 'dar un paseo', del fr. *faire une promenade*. Pero también encontramos algún que otro caso a la inversa, es decir, vocablos con raíz castellana a los que se les ha añadido una terminación francesa: *delantier* 'frente'.

-d) Por último, hay que señalar la presencia de un importante grupo de vocablos netamente turcos transcritos al judeoespañol con una versión fonética peculiarmente castellanizante, en los que, con mayor motivo, quedan ostensibles los monemas aglutinados, con los significados que tienen o tuvieron originalmente. Por ejemplo: *kavané* 'cafetería', del tc. *kahvehané*, que, además, hace el plural con el sufijo castellano *-s*; o *manaf* 'frutero', del tc. *manav*; o *babá* 'papá', del tc. *baba*.

LO EXTRAHISPÁNICO

Particular seña de identidad del judeoespañol es también su carácter de lengua de fusión, lengua que combina materiales muy diversos, como veremos a continuación. Siguiendo la clasificación que el prof. Hassán ha hecho de los formantes lingüísticos del sefardí, encontramos una primera categoría (lenguas ambiente), que engloba, por un lado, los materiales propios del fondo tradicional hispano-románico del español medieval, con sus componentes mayoritariamente hispano-románico (al que ya me he referido) y minoritariamente árabe (por ejemplo, palabras como *alad*, para designar al primer día de la semana, en oposición a *domingo*); por otro, de fuentes lingüísticas nuevas, con las que los judíos entraron en contacto tras la expulsión de España: árabe norteafricano, turco, lenguas balcánicas (griego, búlgaro, rumano, serbocroata), y europeas, llamadas de cultura, como el francés y el italiano, que los sefardíes estudiaron en las escuelas. Y una segunda categoría, que corresponde al componente hebreo-araméico, lengua de rezo y/o de estudio y/o de la vivencia religiosa, que ha influido en el sefardí en todo momento.

Comencemos por el hebreo. Dejando a un lado la entrada de un par de fonemas hebreos en el sefardí, activos en la pronunciación de determinados hebraísmos (como el fonema dentoalveolar africado sordo /š/ (= *ts*, como

la *ç* medieval castellana o la *z tset* alemana), por ejemplo *mašá* 'pan ácimo', y el mantenimiento de la consonante gutural semítica *ʾayin*, es en el léxico en donde se observa mayor influencia del hebreo-araméo, de la que nos da cuenta D. M. Bunis en su *Lexicon*, que contiene más de cuatro mil entradas principales²⁰. Algunos de estos términos, como *cahal* 'sinagoga' y *šaḅat* 'sábado', ya estaban incorporados al español medieval de los judíos antes de la expulsión. Muchos de los hebraísmos que pasaron a formar parte del judeoespañol están relacionados con la religión, con sus tradiciones y costumbres, como, por ejemplo: *berajá* 'bendición'; *ʾolam haže*, *ʾolam haba* 'mundo presente', 'mundo venidero'; *séjel* 'juicio', usado hoy en la expresión *muela del séjel* 'muela del juicio'; *seudá* 'comida festiva'; *tefilá* 'oración', en *jaquetía* 'lugar de oración, sinagoga'; *yešibá* 'escuela de estudios rabínicos'; *žejut* 'mérito', *žera* 'hijo'. Pero otros se relacionan con la vida cotidiana, como los nombres de los meses: *adar* (febrero- marzo); *aní* 'indigente, necesitado'; *ben-adam* 'persona' (lit. 'hijo de hombre'); *mežonot* 'pastelillo o dulce ligero hecho con cereales'; *mšpahá* 'linaje, familia'. Se dan casos de palabras de otras lenguas que llegaron al español sefardí a través del hebreo, como las griegas *epikorós* 'hereje' (et. 'epicúreo'), *oquianos* 'océano', *pargod* 'cortina'.

Todos sabemos que los sefardíes orientales convivieron durante siglos con los pueblos turco y balcánicos, produciéndose entre unos y otros un intercambio lingüístico propiciado por las relaciones comerciales, administrativas y de vecindad. Y como consecuencia de ello, el judeoespañol de Oriente se encuentra espigado de palabras griegas. Dejando a un lado las que ya estaban incorporadas al español medieval de los judíos antes de la expulsión, como *A(y)ifto* < *Aigyptos* o *meldar* < *meletáo* 'estudiar', encontramos *papú* (< *pappós*) 'abuelo', *posón* (< *posón*) 'moneda de plata', *trapán* (< *drepáni*) 'hoz'. También topamos palabras búlgaras, como las que se refieren a la vida militar, por ejemplo, *polk* 'regimiento', o a la educación laica, como *dóskel* 'profesor'; vocablos rumanos, serbocroatas y, muy señaladamente, turcos, que, aun abordando todos los terrenos, tuvieron principal relevancia en la vida comercial, laboral y administrativa. Bastará citar, por ejemplo, *ambar* 'despensa'; *arabañi* 'cochero'; *bakal* 'tienda de comestibles'; *charší* 'mercado'; *mutpak* 'cocina'; *parás* 'moneda' y 'dinero'; *želek* 'chaleco'; y otros muchos referidos a tratamientos, como *bey* 'príncipe'; *chelebí* 'señor'; a plantas y animales, como *chichek* 'flor' o *bilbil* 'ruiseñor', y a costumbres que los judíos adoptaron de los súbditos de la Sublime Puerta, como *chalguí*, la típica orquestina con la que acompañaban el canto de romances y cánticos; o *hamán*, que es el baño turco.

No hay que olvidar que los sefardíes recién expulsados de España se asentaron, además de en el Oriente otomano, en otras áreas, principalmente en la norteafricana, y no tiene nada de raro que el judeoespañol de

²⁰ Véase David M. BUNIS, *A Lexicon of the Hebrew and Aramaic Elements in Modern Judezmo*, Jerusalem, Magnes y Misgav Yerushalayim, 1993.

aquella zona, llamado el de Marruecos *jaquetía*, como ya se ha dicho, se viera enriquecido gracias al árabe marroquí y a los elementos bereberes con vocablos como *hal.luf* 'cerdo'²¹, *hara* 'calle, barrio', 'ayán' 'cansado', o verbos como *caréar* 'leer, rezar', resultante de la conjunción de la raíz árabe con la desinencia española *-ear*.

A mediados del siglo XIX, en el área de asentamiento sefardí turco-balcánica tuvo lugar el triunfo de las escuelas europeas, más concretamente de las escuelas francesas de la «Alliance Israélite Universelle» y de las italianas de «Dante Alighieri», que, unido a una serie de acontecimientos histórico-políticos que se produjeron a partir de entonces, como el éxito de la revolución de los jóvenes turcos (1908), las luchas contra Italia (1911-12), las guerras balcánicas (1912-13), la primera gran guerra (1914), consumaron el derrumbamiento de la vida tradicional sefardí y de sus instituciones, trayendo consigo la occidentalización, la modernización y el dominio cultural y lingüístico del italiano y, sobre todo, del francés.

Este *neojudeoespañol* o *neoladino*²² se caracterizará, así pues, por una afluencia extremadamente abundante de palabras francesas e italianas que no sólo designan realidades del mundo moderno hasta entonces desconocidas por los sefardíes, como son las que se relacionan con el teatro, la novela y el periodismo, por ej.: *jurnal* 'periódico', *rolo* 'papel', del francés; o *comedia* y *soçetá* 'sociedad' del italiano, sino también de la vida social y cotidiana, como *mušius* y *mamuáseles*, *vantaje* 'ventaja', del fr. *avantage*, *adié* 'adios', *angagé* 'fiesta de compromiso', del fr. *s'engager*, *roš* 'rosa', del fr. *rose*, *suaré* 'fiesta, guateque', del fr. *soirée*. Enorme fue el perjuicio que causó al español sefardí este léxico variopinto, pues lo descartó de sus más hondos fundamentos, al sustituir y hacer desaparecer para siempre palabras antiguas y formas lingüísticas con las que los judíos españoles habían convivido durante siglos. Algunos ejemplos de esto último son la contienda existente entre la palabra *facha* de origen italiano y la española *cara*; la palabra *colel*, de origen hebreo, que dejó su lugar a la italiana *comunitá*; *maví*, del turco, que fue desplazada por la francesa *blu*.

A los elementos extrahispánicos citados habría que añadir la existencia en el judeoespañol de hoy de algunos términos tomados del inglés norteamericano y del hebreo israelí²³.

Quede claro, pues, que el judeoespañol, en su última etapa de esplendor, llegó a contaminarse de extranjerismos en tal medida que tanto el viejo castellano como los nuevos elementos de la lengua sefardí que se construyeron y crecieron al margen pero también a partir de lo hispánico quedaron

²¹ En la ciudad norteafricana de Melilla, desde mi niñez, he escuchado a los musulmanes bereberes de la tierra decir *hal-lufo* (con terminación masc. sing. esp.) a todo aquello que les está prohibido comer.

²² H. V. SEPHIHA lo ha denominado *judéo-fragnol* (cfr. «Le judéo-fragnol, dernier-né du djudezmo», *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris* 71 (1976), págs. XXXI-XXXVI).

muy mermados. Así, cabría preguntarse ahora si la gran invasión de extranjerismos -sobre todo de galicismos, con su larga y honda implicación cultural- que se produjo en el judeoespañol de los sefardíes asentados en el área que conocemos como *Sefarad 2* y luego de otras lenguas en *Sefarad 3*²³ ha logrado o no desequilibrar la armonía entre lo hispánico y lo extrahispánico coexistente en el judeoespañol de la época clásica. Sea cual sea la respuesta, lo cierto es que la lengua sefardí se extingue a la vez que salva lo poco que le queda volviendo lentamente a sus profundas raíces por el camino de la rehispanización.

²³ Véase D. M. BUNIS, «El idioma de los sefardíes» cit., pág. 435.

²⁴ La terminología *Sefarad 1*, *Sefarad 2*, *Sefarad 3*, propia de la escuela de Weinreich, se aplica a: 1 la España judía medieval, es decir, lo judío anterior a la expulsión de 1492, 2 lo propiamente sefardí, lo judío hispánico posterior a la expulsión, y 3 la dispersión secundaria, nacida a raíz de las migraciones de sefardíes a países que no eran del marco geográfico tradicional, es decir, hacia los países más adelantados de Europa y América, sus colonias en África, la Palestina del mandato británico en Asia y hasta Oceanía. Cfr. I. M. HASSÁN, «Hacia una visión panorámica de la literatura sefardí», *Actas de las Jornadas de Estudios Sefardíes*, Univ. de Extremadura, Cáceres, 1981, pág. 52, y extensamente expuesto en el artículo citado «Los sefardíes: concepto», págs. 11- 22.